

# EL PAIS *semanal*

Número 1.105, Domingo 30 de noviembre de 1997

# AZAÑA

## LOS DIARIOS ROBADOS

*25 de agosto de 1932:* "Fusilar a Sanjurjo nos obligaría a fusilar después a otros seis u ocho que están incursos en la misma pena, y a los de Castilblanco. Serían demasiados cadáveres en el camino de la República. (...)

Más ejemplar escarmiento es Sanjurjo fracasado, vivo en presidio, que Sanjurjo glorificado, muerto".



Apunte de Manuel Azaña en su diario tras sofocar el golpe de Estado del general Sanjurjo. Los cuadernos, robados para Franco en 1936, aparecen ahora en un libro. *El País Semanal* los adelanta en exclusiva.

# AZAÑA



INDICE



LOS  
CUADERNOS  
ROBADOS  
1932-1933

Por fin sale a la luz la auténtica historia de Azaña, uno de los políticos españoles más importantes de este siglo, con mayor sentido de la democracia, la paz y el progreso. *El País Semanal* publica un adelanto de los tres cuadernos que escribió cuando estaba en el Gobierno de la República, que le fueron robados en 1936 por un diplomático para ponerlos al servicio de Franco y que serán publicados en los próximos días. Cuentan 13 meses intensos de España.



'Diarios, 1932-1933. Los cuadernos robados' (Editorial Crítica) saldrán a la venta en los próximos días. A la derecha, los originales, que están en el Archivo Histórico Nacional.

28 de noviembre  
de 1932 a 28 de  
febrero de 1933.

19

BO

# Razones y votos, insultos y fusiles

TEXTO: SANTOS JULIÁ

Si algún epitafio hubiera que elegir para la desnuda tumba que guarda los restos de Manuel Azaña en el cementerio de Montauban, quizá el más apropiado sería un fragmento de la honda conversación mantenida con Fernando de los Ríos un día de junio de 1937. Al resumirla en el nuevo diario que por entonces reanudaba, Azaña definió el propósito que había animado su acción política con unas palabras que valen como un testamento: "Querer dirigir el país, en la parte que me tocara, con estos dos instrumentos: razones y votos. Se me han opuesto insultos y fusiles. En paz sea dicho".

Razones y votos, éstos fueron los instrumentos de la acción política de Azaña. Pocos políticos han razonado tanto como él; ninguno ha creído tanto que hacer política consistía en aceptar la tradición para corregirla por medio de la inteligencia y de la razón. Pero no de cualquier razón. Desde su primera aparición en la escena pública con un discurso dedicado a elucidar, como cada cual en su tiempo, las causas y los remedios del "problema español", Azaña había decidido que la única vía para sacar a España de su atraso y echarla a andar otra vez por los caminos de la civilización europea era la democracia. "¿Democracia hemos dicho? Pues democracia".

Situar en 1911, cuando los ecos del regeneracionismo no se habían apagado y todo el mundo hablaba de pedagogía y educación, de pantanos y despensas, la raíz del problema español en la democracia, sin por eso reivindicar la república, constituía una rareza. Azaña pensaba que el célebre problema de España era de naturaleza política, de constitución del Estado. El sistema político levantado por Cánovas y Sagasta, con el pacto de dos partidos y la exclusión fraudulenta de todos los demás, comenzó a bambolearse después de la Semana Trágica de 1909 y de la quiebra del turno pacífico en 1913. En ese cabo de la historia que por esos años estaban atravesando, pareció llegado el momento de emprender una reforma constitucional que limitara los poderes de la Corona y diera a España una Constitución democrática.

La nueva generación de profesionales e intelectuales llegada por entonces, bajo la dirección espiritual de Ortega, a la mitad del camino de sus vidas, jugó durante unos años la carta del reformismo monárquico, que acabó disolviéndose en nada. En lugar de emprender una reforma constitucional que abriera un sistema basado en la legitimidad excluyente de dos partidos dinásticos, Alfonso XIII optó por dar su alto espal-

darazo a una dictadura militar. Azaña fue de los primeros en sacar la consecuencia radical de esa experiencia política: si la única solución era la democracia y si la monarquía había optado por la dictadura, entonces no había más salida que identificar democracia con república. Accidentalista respecto a la forma de gobierno, la violación de la Constitución por el rey lo convirtió en republicano.

Su razón democrática devino así razón republicana. No porque creyera en los efectos taumatúrgicos de la República ni fuera su adorador pazguato, sino porque la experiencia de un golpe de Estado sostenido por un rey lo empujó violentamente en esa dirección. Metido en ella, estaba condenado a encontrarse, por un lado, con los republicanos históricos, que habían languidecido durante los últimos años en régimen constitucional, y, por el otro, con los socialistas, únicos que tenían detrás una fuerza organizada, un sindicato. No por su poder, que descansaba en un pequeño partido, ni por su antigüedad republicana, de la que no podía presumir, sino por haber ensamblado los elementos de esa razón política, fue uno de los designados para entrar en tratos con los socialistas e invitarles a incorporarse al comité revolucionario que se haría cargo del Gobierno provisional de la República el 14 de abril de 1931.

"¿Quién iba a pensar que de los 12 hombres del Gobierno sólo usted crecería tanto?", le espetó, con una mezcla de admiración e incredulidad, Miguel Maura. Demócrata de siempre, republicano desde 1923, ministro de la Guerra en 1931, Azaña creció tanto durante ese año que alcanzó la presidencia del Gobierno con la aplastante naturalidad que le atribuía Doménchena. Fue el suyo un crecimiento natural. Y con idéntico aplomo se propuso nada menos que enseñar cómo se gobierna en democracia. No veía otra manera de hacerlo que con los votos y en el Parlamento. Pero en 1931, en España, la primacía del voto y del Parlamento significaba una auténtica revolución. El voto llevaba siete años desaparecido y otros 50 falseado. Cánovas y Sagasta habían inventado un sistema en el que existía el sufragio universal masculino, faltaría más. Pero nadie se había atrevido nunca a romper el pacto entre los primates de los partidos según el cual el Gobierno lo decidía la Corona, y el Parlamento era la hechura del Gobierno previamente decidido por el rey.

Democracia parlamentaria significaba, pues, una auténtica

## LOS PERSONAJES DE LOS CUADERNOS



**Alcalá-Zamora, Niceto** (1877-1949). Primer presidente de la II República, hasta abril de 1936, en que fue depuesto por las Cortes y sustituido por Azaña, que siempre le criticó por personalista.



**Besteiro, Julián** (1870-1940). Al morir Pablo Iglesias, en 1925, accedió a la presidencia del PSOE y la UGT. Fue presidente de las Cortes Constituyentes de la República.



**Casares Quiroga, Santiago** (1884-1950). Unió su partido gallego (ORGA) con el de su gran amigo Azaña. Cuando los trágicos sucesos de Casas Viejas, era ministro de Gobernación.



**Prieto, Indalecio** (1883-1962). Del ala moderada del PSOE, destacó como eficiente ministro de Hacienda y Obras Públicas. Apoyó a Azaña para presidir la República.



Mitin de Manuel Azaña en el Campo de Comillas en octubre de 1935. Poco después promovió la creación del Frente Popular.

revolución en la cultura política española sostenida en la frágil coalición política dirigida por Azaña. A su frente emprendió una serie de reformas que no dejaron sin tocar a ninguno de los poderes de la constitución real del país: jefatura del Estado circunscrita a su papel constitucional, ejército profesionalizado y alejado de veleidades políticas, incorporación de la clase obrera a la gobernación del Estado, separación de la Iglesia, divorcio y secularización del matrimonio, voto de la mujer, estatutos de autonomía, proyectos de riego y electrificación, leyes sociales, expansión del sistema público de enseñanza, planes de accesos a las grandes ciudades. Todo eso se puso en marcha en la España de 1932; de todo eso fue Azaña primer responsable y de todo eso dejó un relato fiel y pormenorizado en los cuadernos a los que acudía cada dos o tres noches en su afán de construir su propio personaje como actor central de la construcción de la República democrática.

Relato fiel y detallado: la confrontación de lo que Azaña escribe con lo que dice la prensa o lo que los otros testigos han dejado también escrito en sus respectivas memorias es elocuente. Nunca se confunde en el minuto en que ocurren los hechos ni en las palabras pronunciadas por sus diferentes

actores. Por eso su insustituible importancia como fuente de primera mano sobre ese período crucial de nuestra historia. Gracias a estos diarios sabemos cómo se desarrollaban los consejos de ministros, las discusiones políticas que aquel reducido grupo de hombres mantenía casi diariamente, el estilo de vida que llevaban, sus horarios, sus gustos por la tertulia y la vida noctámbula. Conocemos sus discrepancias y sus enojos, lo que pensaban unos de otros. Podemos seguir la historia de sus ministerios, el aturdimiento o la energía con la que se enfrentaban a problemas como la reforma agraria o las transferencias a la Generalitat; los vemos en sus dudas y vacilaciones, en su afán por hacer cosas, por hacer algo grande de la República. Y asistimos a la relación tan especial que se estableció entre los dos presidentes, el de la República y el del Gobierno, a la que estos tres cuadernos conceden tan reiterada atención desde los días en que Azaña podía sentirse divertido anotando en su diario: "Don Niceto es parlanchín y anecdótico, pero no es hombre de conversación. No se puede hablar con él de nada interesante", hasta los días en que como único comentario a una tensa conversación anota que "acaba desabridamente".

Detallado también al dejar testimonio de la irritación que le embarga al ver a antiguos amigos políticos lanzarse sobre la carnaza de Casas Viejas con el único propósito de presentarlo ante la opinión como un déspota sanguinario. Azaña concitó tantas pasiones adversas como razones creía tener para seguir al frente del empeño de asentar una democracia en España: radicales, anarquistas, católicos, monárquicos, se emplearon con entusiasmo en denigrar a su persona como el más rápido atajo para liquidar su política. Primero llovieron los insultos. Había que taparse los oídos en los tés ofrecidos por las señoras de la alta sociedad por las cosas que decían cuando hablaban de Azaña, ha recordado Ángel Ossorio. Cobarde, afeminado, sádico, impotente, frustrado, rencoroso, monstruo de maldad, frío déspota, verdugo, prisionero de los socialistas, demolidor de España: ningún insulto se le ahorró. Y en los cuartos de banderas ya se puede suponer: doña Manolita era lo más cariñoso que decían en privado unos militares que aún no se habían enterado de que Cánovas había instaurado un régimen civilista.

Así, del insulto se pasó en poco tiempo a los fusiles. Cuando Azaña conversaba con Fernando de los Ríos en junio de 1937, el país estaba en guerra y el presidente de la República no sabía si la suerte de su generación era "la de unos precursores o la de unos atrasados". Pensando en el futuro, le dijo: "Viviremos, o nos enterrarán (o quedaremos de pasto para los grajos), persuadidos de que nada de esto era lo que había que hacer". Y, sin embargo, lo que hicieron aquel puñado de voluntariosos políticos iba en la buena dirección y constituye el permanente legado de aquella generación desafortunada que encontró en Azaña su más elevada expresión política: querer dirigir el país con razones y votos; le respondieron con insultos y fusiles.

lecho  
Del ala  
del PSOE  
no  
tistiro de  
Obras  
joyó a  
presidir li



**Sanjurjo, José**  
(1872-1936). General. Como director de la Guardia Civil apoyó la República; luego la atacó. Se levantó en armas en 1932 y aceptó encabezar el alzamiento de 1936.



**Lloroux, Alejandro**  
(1864-1949). Del Partido Radical. Apoyó la "revolución de las barricadas" y terminó en 1933-35 presidiendo varios Gobiernos de coalición con la CEDA.



**Martínez Barrio, Diego** (1883-1962). De ideas moderadas y brillante orador, fue ministro, presidió las Cortes durante la guerra y fue nombrado presidente de la República en el exilio.



**Maura, Miguel**  
(1887-1971). Hijo de Antonio Maura. Fue primero monárquico convencido; después, ministro republicano de Gobernación. Opositor conservador de Azaña.

## EL ALZAMIENTO DE SANJURJO



## 9 DE AGOSTO DE 1932

El día ha comenzado sin novedad, y se acaba con preludios de drama. Todo parece dispuesto para esta misma noche. Hemos tenido Consejo de Ministros por la mañana. Ningún asunto político nuevo ni de importancia. Carner llevaba unas informaciones relativas al contrabando que se hace por el puerto de Barcelona. Yo he recibido también notas confidenciales muy precisas sobre el asunto; algunas procedían del propio cuerpo de Carabineros.

(...)

Cuando se acabó el consejo y volví al ministerio eran cerca de las dos. Llamé a Sanjurjo y me dijeron que cinco minutos antes se había marchado de su despacho. Pensé entonces verlo por la tarde, cuando yo regresara de las Cortes, y no me ocupé más de ello.

He ido a las Cortes como de costumbre, y apenas llegué me sumergí en una de mis eternas comisiones. Esta vez era la agraria. Andábamos en conversaciones, entraba y salía mucha gente en el antedespacho de ministros. Llegó Casares y me dijo que estaba allí el director de Seguridad y que necesitaban hablarme.

Nos reunimos los tres solos, serían las seis de la tarde. Menéndez, que es muy locuaz y acalorado, me refirió que, según las últimas confidencias, el golpe es para esta noche, en Madrid. Se proponen asaltar el Ministerio de la Guerra y la Telefónica. La confidencia procede de una mujer, amante de uno de los oficiales comprometidos; no es la vez primera, a lo que entiendo, que se relaciona con la Dirección General. La mujer ha delatado para que a su amigo no se le haga ningún daño. Creo haber entendido también, a través de las profusas explicaciones de Menéndez, que el oficial amigo de la confidente está aterrado de los compromisos que ha adquirido. Que esto es verosímil lo indica el hecho mismo de que se haya franqueado con la querida.

Recibida hoy mismo la última confidencia, se han practicado algunas comprobaciones que demuestran ser ciertos los informes. Por ejemplo: dijo la mujer que esta tarde, a las cinco, tenían una reunión en un café varios conspiradores, algunos conocidos, cuyos nombres dio. La policía ha observado que, en efecto, se han reunido quienes y donde dijo. No es, pues, una embustera. También ha anunciado que esta noche, a las doce, se reúnen, en un piso del número 9 de la calle de Bárbara de Braganza, cuatro o cinco personas que vienen para este asunto. Esto es fácil de comprobar. Sabemos también la hora del golpe: las cuatro de la madrugada. Los directores son Barrera, González Carrasco, Cavalcanti, Fernández Pérez, el coronel Benito, etcétera. La fuerza principal se compone de oficiales retirados, pero creen contar con algunas unidades de la guarnición de Madrid. Tienen, respecto de mi persona, las peores intenciones. (Dios se lo pague). No suena el nombre de Sanjurjo.

En el verano de 1932, algunos militares, con el general Sanjurjo a la cabeza, se alzaron en armas, en Madrid y Sevilla, contra el Gobierno de Azaña. Fracasaron. Detenido Sanjurjo, fue condenado a muerte; luego, indultado con cadena perpetua, y en 1934, amnistiado.

Recapitulados todos los datos, que no añaden a lo que ya sabemos más que la precisión del día y la hora (que no es poco, ciertamente), acordamos lo necesario para dominar el golpe. Les digo a Casares y a Menéndez que nadie ha de enterarse de lo que ocurre, ni siquiera el Gobierno. No quiero decirselo a ningún ministro más; ningún auxilio pueden prestarme y, en cambio, enterados, la alarma cundiría al instante, comenzarían las idas y venidas, los conciliábulos, y lo mejor que obtendríamos sería aventar a los conjurados hasta otro día, y no acabaríamos nunca. El mismo cuidado se ha de tener con las órdenes que se den por la Dirección de Seguridad; que nadie se percate de que estamos en un día extraordinario, y que todo lo que se haga se dé como las precauciones que habitualmente vienen tomándose.

(...)

He venido al ministerio y al llegar he dicho que no saldría esta noche. Me encuentro con que Saravia está hoy de servicio de guardia en el ministerio, y me alegro, porque así todo queda en esta casa bajo la jefatura de un hombre de mi confianza. Saravia, a quien he puesto al corriente de lo que se espera, me dice que a primera hora de la tarde le han comunicado de la Dirección de Seguridad que han perdido de vista a Sanjurjo, y preguntaban si sabíamos dónde estaba. Saravia les contestó lo que sabíamos de su presencia aquí por la mañana. Como yo había dicho al volver del consejo que necesitaba ver a Sanjurjo, habían estado buscándolo por la tarde. Saravia envió un funcionario del gabinete militar a casa del general, y le dijeron que había almorzado fuera de casa y que estaría en el campo. También se preguntó por teléfono a El Escorial, y a varios lugares próximos a Madrid, pero no sabían nada. Estando yo en el ministerio, nos comunicaron de la Dirección de Seguridad que Sanjurjo se había ido a Sevilla. Hemos preguntado a Sevilla, y desde el gabinete telegráfico nos dicen que allí no ha ido el general. Se dan órdenes para que lo busquen en Sevilla y se telefona a varias poblaciones del camino para que si llega a alguna de ellas le den la orden de volver.

Ha venido el director general de Seguridad. Examinamos la situación y las disposiciones tomadas, que el director me enumera prolijamente. Quería meter en el ministerio una compañía de Guardias de Asalto, pero yo me he negado. La fuerza está mejor en la calle. Hay una incógnita que puede encerrar un peligro: lo que dan de sí los guardias de asalto. Es un cuerpo nuevo, todavía no probado y vamos quizá a someterlo a la durísima prueba de tener que batirse con oficiales y tropa del ejército, si los sublevados consiguen sacar alguna de sus cuarteles. La dificultad no viene de que les tengan miedo, sino de que les intimide (a la tropa de asalto) la vista de otros jefes a quienes habrá que tirotear, o se desmoralicen (los oficiales) por lo que llaman compañerismo. Menéndez asegura

EL TIROTEO ERA MUY INTENSO. RESONABAN LOS DISPAROS



Azaña, a la izquierda, con el general Sanjurjo en Aranjuez, antes de que éste se sublevara contra el Gobierno en agosto de 1932.

que los de asalto responderán bien. Después de estas conversaciones, nos vamos a comer. Somos Lola y yo, Saravia y Cipriano. Ramos ha venido a tomar café.

(...)

He vuelto a nuestra tertulia, y en un momento que estamos solos, Lola, que había advertido algún movimiento inusitado, me pregunta:

-¿Pasa algo?

-¡Psché! -contesto sonriendo-. Que está noche vienen a asaltar el ministerio.

-Lo dices en broma.

-Ya verás como no es broma. Pero aunque oigas tiros, no te asustes; no pasará nada.

No se ha asustado, en efecto. Prefiero que lo sepa desde ahora, y no que el suceso, si llega, la sorprenda.

Ahora llega el director de Seguridad. Son las once.

(...)

A las dos y media le digo a Saravia que levanten a la tropa y la preparen en el jardín del ministerio, distribuyéndola; que apaguen las luces exteriores, que hasta ahora estaban encendidas; que haya una requisita general en el ministerio y se cerciore del estado de las verjas, y que tenga mucho cuidado en las salidas a la calle del Barquillo y con las casas de esta calle que tienen balcones al jardín. Si no son tontos, pensaba yo, por ahí pretenderán entrar, mejor que asaltando las verjas. Además le dije a Saravia que se hiciera cargo personalmente del mando de toda la fuerza que hubiese y de todos los servicios, lo mismo interiores que exteriores. Poco tiempo después de marcharse Saravia viene a mi despacho un oficial de la Guardia Civil, de servicio en la Dirección General, y en tono como de

queja me dice que Saravia le da órdenes que él no sabe de dónde emanan, etcétera. Parece de mal humor. Le digo que las órdenes emanan del ministro y que se ponga a disposición de Saravia y le obedezca sin chistar.

(...)

He aquí el suceso, tal como lo he percibido desde mi despacho. Estaba yo hablando con Saravia cuando oímos tiros por la parte de la calle de Prim. "Ya", dije yo, tendiendo el oído. Saravia, sin decir palabra, dio media vuelta y se marchó a su puesto. El tiroteo fue intenso, y con un breve intervalo se repitió. Después, profundo silencio. Subió Saravia y me dijo que unos militares habían ordenado al centinela de la puerta de la calle de Prim más próxima a Recoletos que les abriese, y como no hizo caso, le hicieron fuego, al que contestó el centinela y los soldados apostados por allí. Han disparado mucho, quizá demasiado. Según le informaba

el teniente Santiago, los asaltantes habían llegado en automóvil, y, al ser rechazados, se volvieron hacia Recoletos.

Estando en esta conversación, entró Menéndez, seguido de Tourné. Venía descompuesto, desesperado.

-¡Destitúyame usted, don Manuel! ¡No sirvo para defenderle a usted! ¡No he sabido acabar con ellos!

Estaba frenético contra sí mismo. Procuré calmarlo y me hizo relación de lo que habían visto. Antes del tiroteo, dos individuos subieron de Recoletos por la calle de Prim, y pasaron despacio junto a la verja del ministerio, como reconociéndola. Al llegar cerca de la calle del Barquillo, los agentes los detuvieron, por orden de Menéndez. Seguidamente, dos automóviles vinieron por el mismo camino. Traían los faros encendidos y proyectaban la luz sobre la verja, como para deslumbrar a los que estuviesen por la parte de dentro. Se apearon unos militares y empezaron los tiros. Menéndez y Tourné hicieron fuego, y también algunos de los apostados en la calle de Xiquena; pero tuvieron que retirarse estos últimos, para esquivar los disparos de la tropa que estaba en el jardín. Los de los automóviles volvieron a montar rápidamente y retrocedieron, yéndose por Recoletos. Menéndez y los suyos consiguieron detener a tres.

Aún no había concluido Menéndez su relación cuando por teléfono nos dijeron que en la Casa de Correos se habían presentado 40 o 50 oficiales, de uniforme, con propósito de apoderarse del edificio. Un pequeño retén de la Guardia Civil que allí había los desarmó y detuvo a todos. Esta noticia puso muy contento a Menéndez. ¡Al fin les habían echado mano! Supimos que eran los mismos rechazados del ministerio, que habían querido repetir el intento en Correos. Menéndez se marchó a Correos para hacerse cargo de los presos.

Entretanto, hemos seguido buscando a Sanjurjo. He hablado otra vez con Sevilla. No sabían nada. Después, desde Gobernación, me dijeron que habían averiguado que Sanjurjo tenía reservadas habitaciones en un hotel de Sevilla. Vuelta a

EN LA NOCHE, PERO MÁS ME SONABAN A MÍ EN EL ALMA

llamar al general. Esta vez ya sabía algo. Dijo que había ido a verle un ayudante de Sanjurjo, que acababa de presentarse en Sevilla. El ayudante había tenido una conversación poco clara con el general de la división. "Le veo en una actitud extraña", me decía el general González, "y me permito decir al señor ministro que temo que el general Sanjurjo se coloque en una actitud de rebeldía contra el Gobierno". Así me ha dicho, textualmente.

Todas estas conversaciones telefónicas las teníamos mientras ocurrían los sucesos de la calle y entre las idas y venidas de Menéndez. También llamaba yo de vez en cuando a Gobernación y le contaba a Casares lo que pasaba en nuestros alrededores. Por la Puerta del Sol no había novedad. Casares se empeñaba en mandarme la única compañía de asalto que le quedaba para su custodia, pero yo le decía que no era necesario y que la conservase allí a sus órdenes.

Al general de la división de Sevilla se le notaba en el timbre de la voz el susto que tenía, y en su manera de dar cuenta, algo así como el propósito de *inhibirse*... Ninguna protesta de celo, ninguna noticia de las medidas que hubiese adoptado o pensase adoptar. En fin, o un cobarde o un traidor. Pero como yo no tenía ningún rayo para fulminarlo desde Madrid, procuré o reanimarlo o amedrentarlo, y después de decirle que en Madrid ni en ninguna parte teníamos nada que temer, le eché una *chillería* y le di instrucciones.

No había salido yo del despacho de Saravia, desde donde hablé con el general, cuando llamaron de Sevilla. El telegrafista de la división le dijo a Saravia que Sanjurjo estaba allí con el general. Saravia le dijo que le pusiera en comunicación con él; pero rectificó, y el que estaba con el general era un ayudante de Sanjurjo. De esto deduje que mientras hablaba yo con González, el ayudante de Sanjurjo estaba todavía allí. Saravia entonces le dice:

—¡Pues que se ponga al aparato el ayudante del general Sanjurjo!

Quien se puso al aparato fue el propio general González. Le dijo a Saravia que Sanjurjo se había sublevado (por lo visto, a mí me lo quiso decir con más rodeos).

—¿Y usted qué hace ahí? —le gritaba Saravia.

—Todas las fuerzas están con Sanjurjo. No podré hacer nada.

Entonces tomé yo el teléfono: "General, aquí el ministro. Cumpla usted con su deber, aunque le cueste la cabeza. Detenga a Sanjurjo y reduzca a los rebeldes. Dentro de media hora me da usted cuenta de haberlo hecho". Colgué el teléfono. "Ese hombre", le dije a Saravia, "no sirve para nada. O tiene miedo o está vendido. Es inútil".

A pesar del *notición* de Sevilla yo estaba contento, porque creí que lo de Madrid había terminado. Me imaginé que habían intentado una sorpresa sobre el ministerio; que, al verse descubiertos y hallándonos prevenidos, se habían lanzado a la Casa de Correos, y que todo quedaba reducido a este pequeño lance, sin más consecuencias. Había reventado el grano, y no era muy temeroso. Lo de Sevilla era más grave, pero no me daba cuidado si lo de aquí no pasaba a más. Esto he estado pensando un buen rato, mientras iba imaginando también lo que he de hacer en cuanto entre el día para sofocar lo de Sevilla.

(...)

De pronto se rompió el fuego en la calle, muy intenso. Se oía esta vez por la parte de la Cibeles. La tropa que teníamos en la delantera del ministerio contestó. Mi primer sentimien-



El general Sanjurjo y el coronel Franco, a la izquierda, en los días finales de la campaña de África. En 1936 volvieron a aliarse.

to ha sido de profunda tristeza. Repetían la locura. El caso es más grave. Y lo que me dominaba era una especie de sonrojo por el escándalo que se daba. Volvíamos cien años atrás. Me senté al lado del balcón. "Estamos como en 1835", le dije a Cipriano. Creo que la tristeza y el dolor se me han conocido. ¡Qué lástima me ha dado de todo!

El tiroteo era muy intenso. Resonaban los disparos en la noche, como una operación siniestra, bárbara, pero más me sonaban a mí en el alma. El ruido de la fusilería me hacía pensar en el odio, en la brutalidad que la desencadenaba. Al ministerio llegaban muchos balazos. Percibíamos muy bien el chasquido cuando daban en la piedra. ¿Quién tira? ¿Es el regimiento que han creído ver en la Castellana? No se sabe. El fuego ha durado media hora. Desde el balcón oigo al comandante Fernández Navarro gritar: "¡Alto el fuego!"; pero la tropa tarda en obedecerle. Ya clareaba.

(...)

#### A LAS SIETE DE LA MAÑANA DEL DÍA 10

Todo sigue en calma. De provincias no hay más novedades que lo de Sevilla. De Madrid empiezo a recibir informaciones más precisas. Los que han atacado por la Cibeles y Recoletos eran, además de jefes y oficiales retirados, unos soldados y clases del Depósito de Remonta de Tetuán, con alguno de sus oficiales. Este grupo de gentes era sin duda el *regimiento* que algunos creyeron ver en la Castellana. Hasta ahora sabemos que ha habido en Madrid 10 o 12 muertos y unos 90 presos, entre ellos el general Fernández Pérez, que al huir entró por el balcón de un

piso bajo de Recoletos, que estaba abierto, y al encontrarse con las señoras de la casa, que, asustadas por el ruido de los disparos, se habían levantado, les dijo: "Soy un invicto general perseguido...". Y una porción de tonterías más. Parece que entre los atacantes del ministerio estaba Cavalcanti.

(...)

Uno de los primeros en llegar ha sido Largo Caballero. Entre otras cosas me dice que si lo estimo conveniente declararán hoy la huelga general y echarán la gente a la calle para oponerse a cualquier tentativa. Le contesto que no es necesario, que todo está tranquilo en Madrid, y que conviene no alarmar; que vayan todos al trabajo.

(...)

El aislamiento de Sevilla es absoluto. Nosotros conservamos un hilo que los sublevados no conocen, y tenemos noticias, aunque vagas y con algunas dificultades. La inacción de Sanjurjo me llena de asombro. ¿A qué espera? Yo suponía que hoy mismo, por la mañana, se pondría en movimiento para ocupar antes que nosotros los pasos del río y abrirse el camino de Madrid. No hace nada. Es un disparate, y eso prueba lo que valen estas gentes. Yo, en su caso, habría sacado en el acto de Sevilla a la guarnición sublevada y me la habría llevado al campo, iniciando una operación para marchar sobre Madrid. Es absurdo tener un día entero quieta a una guarnición sublevada, dentro de la misma población. Se desmoralizará y acobardará enseguida. Poniéndola en marcha, ya sería otra cosa. Sanjurjo ha podido ocupar Córdoba antes que nosotros, y habríamos tenido que concentrar en Alcázar de San Juan. La impresión habría sido grande, y algunos *comprometidos* que no han hecho nada quizá le habrían secundado. En fin, siempre hay que contar con los disparates del enemigo, y aprovecharlos.

(...)

## 11 DE AGOSTO

*A las una y media de la madrugada.* Lllaman al teléfono desde Sevilla. Me dicen que Sanjurjo quiere hablar conmigo. La pretensión me parece desatinada. Contesto que si tiene algo que decir, se lo diga al general subsecretario.

Al poco rato, desde el gabinete telegráfico, me repiten la misma petición de Sanjurjo. Doy la misma respuesta. Saravia dice que todo ello no son más que rodeos para ganar tiempo antes de confesarse vencido.

*A las tres de la mañana.* Viene el general subsecretario a decirme que acaba de hablar por el telégrafo con el general González. Le comunica que se ha restablecido la normalidad en Sevilla, que ha vuelto a encargarse del mando y que el general Sanjurjo ha huido hacia Portugal.

Todo se ha acabado. Le digo al subsecretario que suspenda los envíos de tropas. Vámonos a dormir, que es hora.

Me he levantado tarde, creo que con derecho, después de estos dos días. Sanjurjo está ya preso. Instrucciones a Ruiz Trillo, que se encarga del mando en Sevilla. Disposiciones sobre la captura de Sanjurjo. En Sevilla, motines del *pueblo soberano*, que se desquita en las casas de algunos monárquicos. También en Granada hay alborotos. En Madrid, tranquilidad. Anoche hubo algunas manifestaciones callejeras, pero pacíficas. Vivas y muertas. Parece que en Sevilla han surgido algu-

nos tribunales que se disponen a ceñirse el laurel de la victoria. De Madrid salieron el día 10 por la mañana, en un avión, varios diputados radicalesocialistas con el propósito de *sublevar al pueblo* contra Sanjurjo. Claro, no pudieron hacer nada, pero ahora resulta que se han comido a Sanjurjo. He enviado al director general de Seguridad a Andalucía para que se haga cargo del general y lo traiga a Madrid hoy mismo. Vendrán por Mérida. He destituido al general Loriga, que ayer parecía dispuesto, como jefe militar de Carabanchel, a estorbar todo lo posible la salida de la aviación. También se publican hoy varios ceses y pases a la reserva. He empleado parte de la mañana en puntualizar bien lo ocurrido en Madrid y en examinar la conducta de ciertas autoridades, no muy clara todavía.

(...)

## 25 DE AGOSTO

A las ocho y media me despierta el teléfono. Habla Mariano Gómez, presidente de la Sala Sexta, y me comunica la sentencia que acaba de firmar. Me llama mucho la atención que absuelvan al hijo de Sanjurjo, pero no digo nada y me reservo mi opinión para cuando conozca el resto de los *considerandos*, que serán sin duda muy buenos.

(...)

Entramos en la cuestión de fondo, e invité a los ministros a que diesen su parecer. Prieto, por sí y por los otros dos ministros socialistas, votó por el indulto. Domingo, por sí y por Albormoz, votó lo mismo. Casares, con gran firmeza, votó por que se cumpliese la sentencia. Los demás votaron por el indulto. Todos han razonado su opinión largamente. Casares funda la suya en que el indulto rompe la firmeza del Gobierno, alienta a los conspiradores y nos impide ser rigurosos con los extremistas.

Voté yo el último, a favor del indulto. He considerado el asunto como un caso político, en el que debe hacerse lo más útil a la República. Fusilar a Sanjurjo nos obligaría a fusilar después a otros seis u ocho que están incurso en la misma pena, y a los de Castilblanco. Serían demasiados cadáveres en el camino de la República. Hay que desacreditar los pronunciamientos, por su propio fracaso y por el descrédito de sus autores. Fusilando a Sanjurjo haríamos de él un mártir, y fundaríamos, sin quererlo, la religión de su heroísmo y de su caballerosidad. Fusilando a Sanjurjo iríamos hoy a favor de la corriente, pero se nos volvería contraria a los pocos días, las pocas horas; los mismos que ahora piden su muerte, lo sentirían después. La monarquía cometió el disparate de fusilar a Galán y García Hernández, disparate que influyó no poco en la caída del trono; procuremos no incurrir en un yerro análogo. Se ha de acabar con la historia de los levantamientos y con los fusilamientos, haciendo ver que esas acciones no producen ni gloria. Más ejemplar escarmiento es Sanjurjo fracasado, vivo en presidio, que Sanjurjo glorificado, muerto.

(...)

Por la tarde, en el ministerio, he recibido algunas visitas tontas. Estoy fatigado desde anoche, y un poco angustiado por el suceso, como si todavía no fuese seguro que le vamos a indultar. Nunca había tenido en la mano la vida de un hombre. Es mucho. ¿Me equivoco al dar a este asunto la solución que le he dado? Espero que no.

(...)

Y FUSILAMIENTOS, HACER VER QUE NO PRODUCEN NI GLORIA

## CONFESIONES DE NAVIDAD



## 25 DE DICIEMBRE DE 1932

(...) Ha venido a comer toda la familia. Después he salido en coche con Cipriano hasta Manzanares. Tarde espléndida. La sierra, maciza de nieve, refulgente sobre oquedades negruzcas. Maravilloso poniente por la carretera de Colmenar. Frío, y un poco de tristeza.

De vuelta en el ministerio, me entro en mi despacho. Papeles en desorden; asuntos pendientes; leo, rebusco, ordeno, escribo notas. Solo hasta las nueve y media. Ha entrado únicamente el comandante Moles, ceñido en su uniforme y solícito como un alumno aplicado; le doy unos telegramas y se va.

Como estoy menos fatigado, todo me es más llevadero, ¿estaré dejándome captar por mi papel? Todos los días anhelo un cuarto de hora de lucidez, al fin del cual barunto la ruptura voluntaria de estas prisiones. Y ese cuarto de hora nunca llega. Sería la contrición de un espíritu libre, que ha empeñado su libertad. Porque mi convicción íntima es que ahora no soy yo, ni mucho menos el que los demás creen que soy. Pero ese cuarto de hora, ¿por qué no llega? ¿Lo retraso voluntariamente, sin decírmelo, o realmente tengo que resignarme a cumplir unos deberes, a levantar una carga?

A veces estoy poseído de un gran aliento, y quiero creer que sobre todas las miserias cotidianas se levantará una gran obra. ¿Esto es un engaño del amor propio? Me extravía mi formación de artista y mi sensibilidad por lo histórico, y temo que he transportado la acción política al ángulo inmensurable de los valores estéticos. Entre mi pensamiento y, más exactamente, mi actitud, mi disposición de ánimo y la realidad de mi país, hay una distancia que no se llena con toda mi popularidad ni mi autoridad personal, comprobadas cotidianamente.

Otras veces la repulsión es tanta que siento náuseas e impulsos de fuga. Resulta que procedo en mis movimientos interiores como si me sorprendiera mucho que la política esté apesada de necesidades y miserias, de vanidades, de torpes intenciones; y mi enojo parece pretender que se realizase una política sin tales bajezas.

Es en el carácter donde la política me hace padecer más; sin duda, por el carácter es por donde más me aparto de lo corriente en ese mundillo. Tal vez ahí reside mi fuerza. He salido bruscamente al Gobierno sin pasar por ninguna de las etapas preparatorias ni pruebas eliminatorias en que un hombre, o se adapta, o sucumbe. No puede llegarse nominalmente a la cumbre del

Al Azaña político le asaltaban a menudo las dudas y el pesimismo. Deseaba escapar de sus deberes de estadista, no sentir tanto el peso de España encima. En esos momentos, como la Navidad de 1932, se refugiaba en la literatura y en el paisaje, aquí nevado, de la sierra.

poder político y conservar la integridad y entereza del propio ser, con la vitalidad de los 20 años, si ha ido uno sufriendo las mutilaciones de una larga carrera. Yo no he hecho carrera, y estoy interiormente tan recio y tan en mi ser como hace 20 años, cuando yo no era más que un señorito indomable. Ésta es una ventaja que raramente puede disfrutarse cuando no hay revolución.

A los menguados caracteres que pululan en la política no me rendiré nunca. Y hasta ahora lo más terco de mi resistencia viene del espanto y del escándalo que me produce el pensar que la República y el país recaigan en manos podridas. Tamaña ingenuidad puede perdonarse.

A una inteligencia más poderosa si me rendiría, y de grado, a condición de no verla al servicio de lo siniestro, o de lo abyecto, o de otras fealdades morales.

Todo esto me obliga a tomar en serio el poder; sea para conservarlo, sea para tirarlo con definitiva resolución. Nunca tenerlo para mí.

Lo que más temo es perder mi libertad interior. Aferrarme a cosas que no me importan. El ejercicio de la inteligencia crítica me ha salvado siempre de mezquindades y ruindades: ni las he cometido yo, ni me he dejado prender en las ajenas. El tráfigo cotidiano no me deja ahora la misma holgura de antes. Y yo mismo me sorprendo a veces contristado o irritado por cosas que en otro tiempo ni siquiera hubiesen merecido mi atención. Es el papel, el oficio, que se me impone. Salirme de él y reflexionar sobre mi situación me es dado pocas veces; si alguna se me logra, me veo independiente de todo, fácil a la renuncia; pero es también en esos momentos cuando sopeso la gravedad de mi destino.

Una forma de la felicidad sería la certidumbre de que voy a usar del poder en bien de mi país. Yo no tengo pasión nacional. Con todo, la única moral en este sitio es sujetarse al trabajo por el futuro de España. El futuro de España... ¡terrible secreto! Con el cual tengo yo que dialogar ahora, a ver si lo entiendo. Pero esa felicidad sería una felicidad pública, como quien dice, histórica; no íntima e invulnerable. La ruta de la felicidad personal no pasa por la cumbre del Gobierno, por más placer que cause el empleo y ejercicio de una capacidad.

(...)

Aun en los momentos más regalados para la vanidad personal, como mi último viaje a Barcelona, siento que todo aquello pasa por encima de mí y va mucho más allá de mi persona. Esto siempre es bueno; porque lo necesario es, análogamente a lo que dice la doctrina cristiana, "salvar el alma". Y sólo puedo salvarla despegándola. La libertad interior.



Azaña, sentado a la izquierda, en una foto familiar, con hermanos y sobrinos. Buscaba relajarse en este tipo de reuniones.

LO QUE MÁS TEMO ES PERDER MI LIBERTAD INTERIOR

## CASAS VIEJAS



Caricatura que publicó en 1931 Crisol.

## 5 DE FEBRERO DE 1933

(...) Antes de empezar la sesión del miércoles hablé con Besteiro sobre el orden del día. En la sesión, que debió haber comenzado con la *gran* polémica entre Eduardo Ortega y Prieto, nadie tenía ganas de ser el primero. Por fin se habló de lo de Casas Viejas. Me alegré mucho de que Casares no estuviera presente, porque con lo vehemente que es, seguramente no se habría contenido, y la escena hubiera sido violentísima. Rivalizaron en desvergüenza varios señores. La palma de la brutalidad se la llevó Eduardo Ortega, y la de la inmoralidad política, Guerra del Río, lugarteniente de Lerroux; ya en la prensa había tenido la avilantez de decir que en Casas Viejas se había fusilado contra una pared a ocho prisioneros, y que se lo había contado el alcalde de Medina Sidonia, *testigo presencial*. El mismo periódico que dio la interviú de Guerra del Río se creyó en el caso de añadir que el tal alcalde no había dicho que lo hubiera visto él.

Ese alcalde es muy amigo de Guerra del Río, y bajo su autoridad se han autorizado en aquellos lugares las propagandas más furibundas contra la República.

En la sesión de marras, Guerra, que como todos los radicales tiene interés electoral en atraerse a los sindicalistas, dijo que los revoltosos de Casas Viejas eran *idealistas* y que los guardias eran *chulones y jacarandosos*.

Por su parte, Barriobero dijo que en la Jefatura de Policía de Barcelona se habían dado tormentos; conversando después conmigo en los pasillos, me dijo que no tormentos, sino malos tratos, y quiso darse por enterado de lo que ocurrió, que fue tal y como yo lo relaté en las Cortes al día siguiente.

La discusión fue toda desbocada. Guerra pidió que a *su jefe*, don Alejandro, se le reservase un turno para intervenir al día siguiente en el debate. Habló el subsecretario de Gobernación, para hacer un relato de los hechos, y explicar las órdenes que había dado el Gobierno. Las cosas quedaron así.

(...)

## JUEVES 23 DE FEBRERO DE 1933

(...) Por la tarde, debate sobre lo de Casas Viejas. Arremetida del grupo extremista (?) que se ha entretenido en pasear cadáveres por el salón de sesiones. Alianza de Rodrigo Soriano y el general Fanjul; de republicanos que se llaman revolucionarios y de monárquicos.

Exhiben una larga serie de horrores, y a cada uno que cuentan, Maura hace grandes aspavientos de asombro y de indignación. La pretensión de estos buenos señores es que el Gobierno autorizó los excesos cometidos en Casas Viejas, y que en 1º de febrero, cuando se habló de ello en las Cortes, *yo los conocía*, y engañé al Gobierno y a la mayoría.

La sesión ha sido un espectáculo repugnante. Vorazmente se han arrojado sobre la sangre, la han revuelto, nos han querido

Los anarquistas convocaron huelga en toda España en enero de 1933. Un pueblo andaluz, Casas Viejas, se convirtió en el símbolo de la CNT y en el drama que le costó la popularidad a Azaña. Catorce personas murieron fusiladas. Azaña tardó más de un mes en saber la verdad.

manchar con ella. Los radicales, sobre todo, han mostrado una saña terrible. A mí ha concluido por levantárseme el estómago, descubriendo la podredumbre que hay bajo esta maniobra, y me he marchado del salón porque no podía más. En los pasillos, en un corro de amigos, he desfogado mi indignación, y estaban muy sorprendidos de verme por primera vez enfadado. Yo no tengo obligación de aguantar, por ningún motivo, que se me acuse en las Cortes de engañar a mis compañeros y a los diputados. Esto no tengo obligación de aguantarlo. La conversación ha contribuido a calmarme. Es odioso tener que estar aguantando impasible en el banco azul los hipócritas clamores de unas gentes que sólo buscan la caza del Gobierno o hacer daño a la República. Si fuesen desinteresados y justos se contentarían con cooperar al restablecimiento de la verdad, y después, castigar al que haya faltado. Pero no es eso lo que les importa.

Mi primer discurso ha producido buena impresión, y parece que ha convencido a las gentes de la buena fe del Gobierno. Martínez Barrio ha cometido la perfidia de argumentar de este modo: "El presidente del consejo dijo en 1º de febrero que en Casas Viejas había ocurrido lo que tenía que ocurrir; se demuestra que se ha fusilado a unos prisioneros; luego al presidente le parece normal esta atrocidad". (Esta conclusión quedaba sobreentendida, aunque casi patente). He replicado sobreponiéndome a mi asco y al dolor de vernos injuriados de tal modo. No desconozco que el relato de los sucesos nos deprime, y que la depresión nos perjudica.

(...)

Después de cenar me llama por teléfono Domingo y me pregunta si puedo recibirle con otros amigos. Le contesto que venga. Yo estaba con Ramos, Guzmán, Cipriano y otros amigos, que pretendían aplacar mi enojo por todas estas contrariedades y convencerme de que debo sobreponerme a la amargura de una injusticia. La cual consiste nada menos que en querer presentarme casi como un verdugo y un sanguinario, y hacerme caer del Gobierno con esa tacha para inutilizarme. Lo de la *envidia*, que dijo Prieto en el Frontón, los tiene locos.

Después del recado telefónico llegan a mi despacho Domingo, Alborno y Fernando, que han cenado juntos, y Prieto, a quien han sacado de su casa. Quieren que examinemos la situación. Opinan que el Gobierno está quebrantado, y no tienen el menor deseo de continuar en sus puestos, si hemos de ser víctimas de una campaña de descrédito. Prieto añade que, además del efecto producido en las Cortes por los relatos espeluznantes que se han hecho, el Gobierno no está bien asistido ni por el presidente de la República ni por el de las Cortes. Con este motivo, Prieto cuenta sus conversaciones con Herrero, que yo conocía en parte, es decir, la primera. Reconoce que el recado de Herrero le desvanece sus preocupaciones de hoy, pero no se tranquiliza completamente respecto de la satis- (continúa en página 50)

UN ESPECTÁCULO REPUGNANTE. HAN REVUELTO LA SANGRE

(*frase de página 48*) facción con que el presidente de la República nos ve en el Gobierno.

Yo les digo que no pierdo de vista el efecto que en nuestra propia sensibilidad ha producido la aparición de unos hechos que, si bien no probados todavía, va siendo verosímil que hayan existido; ni la repugnancia que en nuestra honradez despierta el vernos envueltos en una campaña tan baja; pero que encontrándolos tan desalentados, no me niego a plantear mañana mismo la cuestión de confianza, por monstruoso que sea el caer en virtud de tales imputaciones, a las que daríamos fuerza con el solo hecho de nuestra dimisión. Es claro que si nuestra dimisión fuese admitida, ninguno de nosotros podría formar parte del Gobierno que nos sucediera.

(...)

### 1 DE MARZO

(...) En vista del giro que toma lo del acta y de las informaciones raras que me llegan, he resuelto llamar al capitán Rojas, que mandaba las fuerzas en Casas Viejas, e interrogarle personalmente. Este paso es peligroso, por el modo de ser de tales gentes y por la milicia general; cualquiera puede adivinar lo que son capaces de suponer acerca de esta entrevista si se divulgase. Rojas ha venido esta noche a las once. Le he recibido en mi despacho. No le había visto nunca. Su aspecto no predispone en favor suyo: la hechura de la cabeza no delata al hombre inteligente. Yo tengo la copia de la declaración, o más bien informe, dado por Rojas al director general sobre los hechos de Casas Viejas; en su escrito, Rojas niega que recibiese órdenes monstruosas y niega también que se fusilase a nadie.

(...)

-¿No hubo fusilamientos?

-No. Fuimos duros, crueles si se quiere. Al que corría y no alzaba los brazos a nuestra intimación le hicimos fuego; al que se asomaba a una ventana le hacíamos fuego; cuando nos tirotearon desde las chumberas respondimos con las ametralladoras. Pero eso fue todo.

(...)

Le repetí varias veces, y en distinta forma, la pregunta de los fusilamientos, y siempre contestó negando.

(...)

No sé a cuándo aguarda el juez para llamar a este oficial e interrogarle a fondo, si, como dice el inspector de Tribunales, hay en el sumario declaraciones que hablan de fusilamientos.

(...)

Cuando estaba concluyendo de cenar me llama al teléfono Miguel Maura. Dice que quiere verme con urgencia, y le invito a que venga enseguida al ministerio. "¿Qué traerá?", me preguntaba yo. "Alguna intriga".

(...)

Ha estado aquí más de una hora. Hablando con su voz cálida y llena, y su facundia y volubilidad habituales, que me marean. Toma caprichosamente un punto de partida, y desde él se lanza, haciendo piruetas, sin cuidarse mucho de encadenar las razones.

Comenzó por decirme que el debate sobre Casas Viejas no

podía continuar ni un día más. Como yo recordé para mí al oír eso lo que Lerroux dijo en las Cortes el otro día (que no se hablase más de Casas Viejas hasta el regreso de la comisión), creí que venía, de acuerdo con Lerroux, a proponerme algo. Me dio las razones que aconsejan la terminación de tal debate: que es escandaloso lo que sucede; que ya hoy se ha llegado a hablar de la mujer de Menéndez (documento de Rojas); que mañana saldrán a relucir los escándalos ocurridos en la Dirección General durante el mando de Menéndez: juergas, borracheras, etcétera; que el Gobierno, con todo esto, se cubre de fango; que el Parlamento se desprestigia, y por tanto el régimen; que esto no puede continuar...

Respuesta mía: que en cualquier Parlamento del mundo todo ello se habría ventilado en una sesión, de una manera o de otra, mientras que aquí llevábamos un mes sin adelantar un paso; que no es el Gobierno quien mantiene el debate, sino las oposiciones, y que se puede acabar cuando ellas quieran; pero que el Gobierno no puede atravesarse en el camino e imponer una conclusión, y que estaba pronto a escuchar lo que tuviera pensado para que no continuase una situación que, después de haberla provocado ellos, tanto les escandaliza.

Maura entonces me aconseja que presente yo mañana mismo la dimisión. Le parece muy mal mi doctrina de que el Gobierno sólo puede caer por una votación en el Congreso; de esa materia, dice, echa usted toda la responsabilidad sobre el residente de la República.

(...)

### 8 DE MARZO

(...) Más tarde vino el subsecretario de Gobernación. Me cuenta que Casares está *derrumbado*. Le falta la fuerza física y se halla además muy deprimido. Comenzó a vestirse esta mañana a las ocho, y al mediodía no había terminado. Permanece sentado al borde

de de la cama, triste y febril. Quiere marcharse del Gobierno, y según Esplá no parece fácil convencerlo. Su resolución viene de que, habiendo tenido que pedirle la dimisión al gobernador de Cádiz, cree que también él debe dimitir.

Esta resolución de Casares no me sorprende. No es nueva. Quería marcharse, asumir él solo la responsabilidad de todo, y desembarazar así la situación del Gobierno. Se ha necesitado todo el ascendiente que ejerzo sobre él y la gran amistad que me tiene y su propósito de no crearme nunca dificultades para hacerle desistir. (...) Mi decisión está tomada. No sacrifico a un ministro para salvar al ministerio. Si ahora abandonase a Casares, no habría modo de convencer a nadie de que él no era culpable de la atrocidad que han hecho en Casas Viejas, y eso sería de mi parte una acción mala. Cualquiera que sea el descuido o la bobería con que en Gobernación se han atenido durante demasiado tiempo a los informes recibidos de Cádiz, y por desairada que sea la posición en que queda el Gobierno; me consta que Casares no ha sabido lo de Casas Viejas hasta que hemos ido sabiéndolo los demás; y un poco más tarde, porque yo le comuniqué a Ronda, por teléfono y con medias palabras, que habían aparecido hechos nuevos y graves. Estando yo convencido de esto, feísimo sería hacer nada que pudiera echar sobre Casares ni la sombra de una duda. (...)



Guardias civiles y de asalto, a punto de entrar en la casa del Seisdedos durante los sangrientos sucesos de Casas Viejas.

## DEFENSA DEL PARLAMENTO



Azaña criticó al presidente de la República, Alcalá-Zamora, por su concepción personalista del cargo: Se erigió como defensor del Parlamento frente a las veleidades del jefe del Estado. En 1936, las Cortes depusieron a Alcalá-Zamora y fue elegido Azaña para ocupar su puesto.

## 6 DE JUNIO DE 1933

El fundamento de todo esto es que cuanto suceda ahora marcará una doctrina y una práctica en el modo de entender la Constitución, y en la extensión de los poderes del presidente. A mi juicio, la República es parlamentaria, y debemos hacer lo necesario para que lo sea de verdad, y no se dé paso a un presidencialismo bastardo. El presidente nombra libremente al jefe del Gobierno, es decir, que puede cambiar de política —representada según la Constitución por el presidente del Consejo— cuando quiera. Pero ¿qué querer y qué libertad son esos?

El presidente de la República, para su determinación, tiene dos indicaciones incontrovertibles que seguir: los resultados del sufragio y la situación de la Cámara. No ha habido elecciones parciales de diputados a Cortes; por ese lado, ninguna indicación. El pequeño tanteo electoral del mes de abril, tan discutido, no era, según me dijo textualmente el presidente, motivo para cambiar de política, debiendo tenerle presente como un síntoma para no agravar la política de izquierda. De modo que el sufragio no ha dicho hasta ahora nada que baste a justificar un cambio de política provocado por el presidente. ¿Lo ha dicho la Cámara? Menos aún. No sólo tenemos mayoría, sino que hemos machacado a la obstrucción y los obstruccionistas; hemos vencido lo que pareció invencible, y mientras los grupos parlamentarios no se escindan o no se articulen de otra manera, la indicación política de la Cámara sigue siendo la que era.

¿Qué hay más, fuera de eso? La "interpretación" de la opinión pública. Pero eso es lo arbitrario, lo discutible. El presidente forma también parte de la opinión pública; no está fuera de ella ni sobre ella. El presidente —éste u otro— es hombre con opiniones políticas personales; don Niceto las tiene muy arraigadas. Sin poner en duda su buena intención o su sinceridad, es inevitable que propenda a interpretar los datos informativos en el sentido más acorde con sus deseos e inclinaciones íntimas. El presidente no posee fuentes de información que los demás políticos no tengan; si acaso, posee las mismas, y el hecho de que vayan a confesarse con él don Fulano o don Merengano no da más fuerza a sus respectivos informes. Como gracia propia de un Estado presidencial, el jefe o presidente de la República no recibe una lucidez particular ni una serenidad de ánimo que él de por sí ya no tuviese. No podemos reincidir en el tópico monárquico de "la sabiduría de la corona". Tal vir-



Manuel Azaña, en una reunión del Consejo de Ministros. En 1936 llegó a la presidencia de la República.

tud no puede presumirse en ningún presidente; en el actual, menos que en ninguno, porque estamos viéndole impacientarse como hombre de partido cuando las cosas no van a gusto suyo, y no ha dejado de pensar en su futura acción política. Creo, pues, inadmisibles que el presidente derribe a un Gobierno porque estima que la opinión pública, en su sentir, ya no le acompaña. Lo mismo me da que se trate de este Gobierno o de otro de significación opuesta. Los radicales, y otros, han cometido la imprudencia de apelar a la intervención presidencial cuando no podían vencer en las Cortes. El hecho es disparatado, y nunca se me ocurriría imitarlo, desde la oposición, contra un Gobierno de derechas. Eso es apelar ante el presidente contra el Parlamento, para que dirima personalmente una querrela de partidos. Si hemos establecido el régimen parlamentario, debemos practicarlo tal como es, por muchos defectos que tenga. Desde ninguna parte se ven mejor que desde el Gobierno tales defectos; pero mientras el régimen no se cambie o se corrija, hay que garantizarlo; reformarlo, si está mal, pero no lo corrompan. Más vale un régimen parlamentario auténtico, con todos sus inconvenientes, que un régimen parlamentario falsificado o corrompido.

La lógica pediría que si el presidente estima modificada la opinión pública, o adversa al Gobierno, disolviera el Parlamento y el sufragio decidiría; pero no que, sin disolver las Cortes, pretenda poner en pie un Gobierno que no corresponda a lo que representa la actual mayoría. El instrumento de gobierno es la mayoría parlamentaria; mientras ella no se descomponga y se rehaga sobre otras combinaciones de partidos, el presidente debe respetar los ministerios que la mayoría ponga en pie.

La disolución que el presidente puede ya decretar desde mañana sin duda posible, una vez votada la ley de Garantías, no le gusta, porque sólo puede disolver dos veces. Disolver ahora el Parlamento sería un error, aun sin tomar en cuenta eso ni los resultados de la contienda. Hay que hacer durar las instituciones, y las Cortes se hallan en condiciones de seguir gobernando; debemos habituarnos a que los parlamentos duren, y no a disolverlos a cada triquitraque, como hacia el rey.

(...)

Si el presidente, por lo que fuere, no quiere disolver, tiene que respetar los Gobiernos que las Cortes vayan produciendo. Y si no quiere respetarlos, empezando por éste, que se atreva a intentarlo de frente y se resolverá este problema. Lo que yo no haré será facilitarle su propósito, que juzgo mortal para las Cortes y para la política republicana. (...)

DEBEMOS HABITUARNOS A QUE LOS PARLAMENTOS DUREN

## DESEOS DE RETIRARSE



## 11 DE JUNIO DE 1933. DOMINGO

Desde el jueves estaba yo de muy buen humor. La alegría de la liberación me inundaba, y aunque la caída del Gobierno nada tuvo de imprevista, el hecho cierto de soltar este fardo, y soltarlo sin responsabilidad ni culpa mía, sin que se me pueda reprochar una *buida*, me proporcionó una emoción placentera muy profunda. He pasado dos días como un escolar en vacaciones. La perspectiva de recluirme en mi casa, y vivir apartado y en silencio, como en mis mejores tiempos, me rejuvenecía. En rigor, ¿tiene uno ya derecho a eso? No sé. Mucha gente cree que soy necesario; yo no comparto su opinión. No sólo no la comparto, sino que desearía probarles que se engañan.

Para gobernar a España en las circunstancias actuales, y dada la mediocridad de la clase social que pugna por preponderar en la República, quizá tuviera más ventajas un hombre con cualidades de zorro y que no descollase demasiado. Yo no soy zorro. Y no me avengo tampoco a ir tirando. En todos mis discursos y actos públicos he procurado elevar la política a una línea que la inteligencia cultivada pueda seguir, y a un desinterés personal que las personas decentes puedan amar. Y he puesto siempre como fondo de mis propósitos y de mis actos el ensueño de una resurrección del espíritu español, curado de su anemia, de su poquedad. ¿Lo han comprendido así muchos, o siquiera algunos? No estoy seguro. Habría que probarlo desde fuera del Gobierno, cuando todas las adhesiones que hasta ahora he tenido nada puedan esperar, y los apetitos desengañados vuelvan grupas y se alejen de mí galopando. Nada he hecho por animarlos, y si mucho por ahuyentarlos; porque mi temor más fuerte no es que la República se hunda, sino que se envilezca. Hasta ahora, la gente está segura de que he sido necesario para que la República no se hundiese, porque ha visto los recios ataques contra ella que he sabido dominar; pero no de su acción para impedir un envilecimiento. Mi resistencia al lerrouxismo no tiene otro sentido, y las esperanzas que el lerrouxismo despierta en ciertas zonas de la sociedad española, tampoco. El régimen no se envilecería sólo ni principalmente por la corrupción de una o más personas eminentes, sino por la laxitud moral que, sin cometer delito, desvirtúa los motivos y tuerce la línea de conducta. Es la flojera que arranca del ánimo la necesidad imperiosa de que las cosas estén bien y de que las acciones respondan al fin público que se proclama. Para esto, si caben grados, soy quizá más necesario que para impedir el hundimiento de la República. Y no lo soy en modo alguno para gobernarla por la norma mediocre del partidismo, o de la indolencia grata al reposo provinciano.

Retirarme a mi abandonada intimidad sería indecible contento. Si lo hiciese bruscamente, y de un tirón, causaría probablemente daño; pero desasirme poco a poco, y que vayan habituándose a prescindir de mí, es más haccedero. Estarme apartado, reconstruyendo mi entidad moral, me es muy necesario por-

Retirada en falso. Aunque parecía que iba a dejar el Gobierno ante tanto obstáculo, el sentido de la responsabilidad le llevó a formar el 12 de junio de 1933 su tercer Gabinete. Duró tres meses, para dejar paso a uno de los hombres que menos confianza le ofrecía, Lerroux.

que desde hace tres años voy siguiendo una línea en que no he hallado ni un minuto de libertad ni de gobierno propio. Me estaría apartado, bien para siempre, bien hasta rehacer un punto de arranque y cobrar impulso nuevo. Del cansancio físico me rpongo con facilidad cada día. Del desbarajuste interior, también, pero menos fácilmente, y gracias a las soledades que me procuro siempre que puedo, sobre todo de sábado a lunes. Los sinsabores del Gobierno, la inepticia de unos, la injusticia de otros, la mezquindad o la tontería de otros, me mortifican más de la cuenta, aunque no lo dejo parecer; me mortifican, no personalmente, sino porque veo el estorbo que ponen a la marcha desembarazada de las cosas. Me curo de estas heridas habitualmente; pero no quiero dejar de recibir las. Quiero que sigan mortificándome aquellas sinrazones, porque, como la condición humana no va a variar para darme a mí contento, si dejan de mortificarme sería señal de que yo me habría echado al surco, de que me habría empedernido, convirtiéndome en un desalmado, que es el mayor peligro para la salud moral del que gobierna. Durante dos años largos he aguantado, contra todas las previsiones, ese suplicio, pensando en un interés superior a mi comodidad; lo he aguantado con paciencia, con prudencia, con silencio; a veces con ironía sobre mí mismo, amaestrándome en un dominio del humor y de las inclinaciones que yo no me conocía. No creo que sea improvisado; a lo mejor, sin yo enterarme, he pasado lo más de mi vida dominándome y construyéndome. La situación que ahora se me crea, después de mi conversación de anoche con Prieto, no me resuelve del todo la cuestión. Pasar a segundo término es ya mucho.

Si me dejan recluido en el Ministerio de la Guerra podré tener holgura para mis reflexiones, y quizá para un comienzo de reconstitución interior. No creo que el ministerio Prieto, si lo forma, dure mucho. Irritará a los que esperaban la salida de los socialistas, y enfadará a no pocos republicanos, que aceptaban su colaboración, pero que no los quieren preponderantes en el Gobierno. Y el propio Prieto, por su vehemencia, irritable e impulsiva, no es hombre para aguantar muchas embestidas. Cuando caiga, si logra encaramarse, será para mí la liberación total, y nadie podrá acusarme de que he cortado a otros su camino. Este apartamiento suave, paulatino, no causará daño; y yo tendré que decidir, con plena libertad, lo que haré el día de mañana. ¿Estoy obligado a acomodarme con la zafiedad, con la politiquería, con las ruines intenciones, con las gentes que conciben el presente y el porvenir de España según se dictan el interés personal y la preparación de caciques o la ambición de serlo? Obligado no estoy. Gusto, tampoco lo tengo. Entonces, ¿qué hago yo aquí? De cuanto he realizado, lo más beneficioso sería la siembra por el ejemplo. Pero el ejemplo no se ve, acaso, oculto por la polvareda de la batalla cotidiana. Ni lo sabrán ver nunca. (...)

¿ESTOY OBLIGADO A ACOMODARME CON LA ZAFIEDAD?

# UNA VIDA INTENSA

## AZAÑA POLÍTICO

**1880.** Nace el 10 de enero en Alcalá de Henares (Madrid).

**1912.** Se afilia al Partido Reformista de Melquiades Álvarez.

**1918.** Se presenta a las elecciones, como candidato a diputado por el Partido Reformista. No obtiene escaño.

**1923.** Publica artículos y folletos contra la dictadura de Primo de Rivera. Pierde nuevamente las elecciones a diputado.

**1924.** Abandona el Partido Reformista y se proclama republicano. Difunde el folleto *Apelación a la República* contra Primo de Rivera y el rey.

**1925.** Funda Acción Política junto a José Giral y Martí Jara.

**1930.** Es uno de los firmantes del Pacto de San Sebastián, de agosto, en el que se pide la abdicación del rey Alfonso XIII.

**1931.** El 14 de abril se proclama la II República. Es nombrado Ministro de la Guerra en el Gobierno provisional que preside Alcalá-Zamora. Inicia reformas militares. En octubre, Azaña forma Gobierno con el apoyo de socialistas y republicanos liberales. El bienio azañista durará hasta el otoño de 1933. En ese tiempo tiene lugar la sublevación de Sanjurjo (agosto de 1932) y los trágicos sucesos de Casas Viejas (enero de 1933), que mermaron enormemente su popularidad.

**1933.** En septiembre, el presidente de la República, Niceto Alcalá-Zamora, le retira la confianza. En noviembre ganan las elecciones los conservadores.

**1934.** Funda Izquierda Republicana, junto a los radical-socialistas y la Organización Republicana Gallega Autónoma. Acusado de participar en la rebelión de la Generalitat de Cataluña, ingresa en prisión hasta que el Tribunal Supremo decreta su libertad.

**1935.** Coalición entre republicanos y socialistas, a la que se incorpora el partido comunista y los anarquistas y que dará origen al Frente Popular.

**1936.** El Frente Popular gana las elecciones de febrero y Azaña asume la jefatura de Gobierno, en la que permanece hasta mayo. En mayo accede a la presidencia de la República. En julio se produce el alzamiento y comienza la guerra civil.

**1937.** Dimisión del Gobierno de Largo Caballero. En mayo nombra a Juan Negrín presidente del Gobierno.

**1939.** El 5 de febrero abandona España. Dimite como presidente de la República el 27 de febrero.

**1940.** Muere el 4 de noviembre en un hotel de Montauban (Francia). Fue enterrado envuelto en la bandera mexicana, porque la bandera tricolor republicana estaba

prohibida en la Francia de Vichy.

**1978.** La entrevista del Rey con su viuda, Dolores Rivas Cherif, durante su visita a México, permite, de forma oficial, la recuperación histórica de su memoria.

## AZAÑA ESCRITOR

**1920.** Funda la revista *La Pluma*, que dirige hasta su desaparición en 1923.

**1922.** Pasa a dirigir la revista *España* hasta su cierre en 1924.

**1925.** Acaba su novela *El jardín de los frailes*, memorias de su adolescencia con los agustinos de El Escorial.

**1926.** Premio Nacional de Literatura por sus estudios sobre el escritor Juan Valera.

**1927.** Se publica *El jardín de los frailes*.

**1930.** Asume la presidencia del Ateneo de Madrid y publica *Plumas y palabras*, recopilación de importantes artículos periodísticos y ensayos políticos y literarios. Escribe el drama *La Corona*.

**1932.** Se estrena la obra *La Corona*.

**1934.** Se publica *La invención del Quijote* y otros ensayos.

**1937.** Escribe *La velada en Benicarló*, sobre la guerra civil, con su famosa frase: "¿Qué se han hecho los españoles, unos a otros, para odiarse tanto?".

**1966-1968.** Se publican las *Obras completas* de Azaña, salvo los cuadernos robados.

**1997.** Publicación íntegra, por fin, de los tres cuadernos que fueron robados.

## LO QUE SE HA DICHO DE AZAÑA

### PAUL PRESTON

"Como hombre de Estado, Azaña estuvo dotado de una lucidez que quizá no ha acompañado a ningún otro político español del siglo XX; como creador literario poseyó una claridad de estilo poco común".

### JOSÉ MARÍA AZNAR

"Azaña fue un gran hombre, un intelectual que pensó mucho sobre España y al que todos los políticos en este país deberíamos estudiar y apreciar. Hablemos de Azaña, de personas que, se hayan equivocado o no en momentos concretos de su actividad política, eran honestas y auténticas y tenían un proyecto para España".

### JORGE SEMPRÚN

"Algunos políticos españoles deberían leer cada día un pasaje de la obra de este gran escritor, político y orador. Durante la transición hubo en cierto modo una recuperación histórica de las ideas esenciales de Azaña, de paz, piedad y perdón".

### ENRIQUE TIERNO GALVÁN

"Azaña entendía la política como un arte de traducción: sacar las cosas y los hombres de sus alveolos oscuros y verterlos a la luz. Intentó traducir España, sacarla de la oscuridad, y murió en el intento".

### FRANCISCO AYALA

"Fue un héroe trágico inmerso en la realidad palpitante en virtud de una especie de ironía del destino, ya que la tendencia de su personalidad era

convertir en materia poética esa realidad que se le imponía".

### FELIPE GONZÁLEZ

"Azaña fue un ser dividido entre su vocación política y literaria".

### CLAUDIO SÁNCHEZ ALBORNOZ

"Azaña era, siento decirlo, más inteligente que valiente. Hoy habría sido un excelente presidente de Gobierno de una república como la francesa o de una monarquía liberal como la de los saboyas italianos, pero las circunstancias de España, en su época, eran muy difíciles. Azaña fue una víctima de la violencia de los españoles". □

Introducción

Razones y votos, insultos y fusiles

9 DE AGOSTO DE 1932

A LAS SIETE DE LA MAÑANA DEL DÍA 10

11 DE AGOSTO

25 DE AGOSTO

25 DE DICIEMBRE DE 1932

5 DE FEBRERO DE 1933

JUEVES 23 DE FEBRERO DE 1933

1 DE MARZO

8 DE MARZO

6 DE JUNIO DE 1933

11 DE JUNIO DE 1933. DOMINGO

UNA VIDA INTENSA

LO QUE SE HA DICHO DE AZAÑA